deformidad ¿no tributarémos los honores nacionales al civismo mas puro y mas ardiente? ¿Sufrirémos impasibles volver á la esclavitud? ¡No! mil veces no! y antes sabrémos conservar con el sacrificio de la vida las públicas libertades y la gloria de nuestros héroes.

Pues Napoleon III, compatriotas, sin mas motivo que su poder, porque no hay motivo nunca para invadir la soberanía de un pueblo, amenaza con sus bayonetas la existencia de esos bienes, que fueron adquiridos con la sangre mas ilustre. ¿Qué otra cosa significa el desembarco de su ejército, infringiendo abiertamente las reglas del derecho internacional? ¿Por qué rompió, por una y segunda vez, solemnes y legítimos tratados? ¿Por qué se asocian á su espedicion los que calumnian y maldicen á los héroes de la independencia y buscan de puerta en puerta, al otro lado de los mares, el yugo que nos oprima? Y si no es el espíritu de conquista, que reprueban la razon y la época en que vivimos, el que trae á nuestros lares una guerra injusta, ¿por qué nos ofende así? ¿por qué nos trata como al pueblo mas salvaje? Nosotros, nacion de ayer ¿deberémos enseñar á la cultaFrancia en la contienda en que nos hallamos? Ahí están las comunicaciones diplomáticas, ahí está la conducta generosa, circunspecta é ilustrada de la República, y el mundo responderá que sí. Ya la España y la Inglaterra la juzgaron poco bien, separándose de su alianza; y si el pueblo en cuyo nombre se nos ataca, ese pueblo que lidió tan heróicamente por su libertad é independencia contra una poderosa liga y que ha propagado por el mundo los principios de la democracia, pudiese proferir una palabra, ella seria mas valiente y significativa que la de su representante Favre!

No, compatriotas, no es una guerra de nacion á nacion la que ha derramado ya la sangre de nues-

tros hermanos, la que, avergonzándose de sus títulos, ocurre á la calumnia, sino la que quiere uncirnos al carro de Napoleon, cualquiera que sea el nombre con que bautice la pérdida de nuestra soberanía, ó con que haya de fijar sus límites deshonrosos y de profundo abatimiento.

Si pérfidos mexicanos han hincado la rodilla pidiéndole su proteccion al Emperador de los franceses, ya la patria los maldijo, y su nombre ha resonado con el epíteto de *traidores* en el congreso de los diputados en Madrid, y en la representacion nacional de la misma Francia. México, pues, no acepta la intervencion *amistosa* que se le ofrece, la *felicidad* con que se le brinda en la punta de la espada; porque no necesitamos para el despotismo del gobierno de un monarca, ni queremos para la libertad los casamientos republicanos.

Continuará la guerra, tal vez, y la desolacion y la muerte se verán por todas partes; pero en esos dias de conflicto y de solemne prueba, verterémos nuestra sangre y la sangre de nuestros hijos y con el hierro y el fuego destruirá nuestra propia mano los campos y ciudades, como los héroes de Numancia, ántes que humillar la frente á presencia de ningun tirano y de que yazca por el suelo esa hermosa palma de la gloria que se agita sobre el sepulcro de nuestros padres y del valiente y esclarecido Zaragoza, por quien llevan luto la libertad y la nacion agradecida.

Conciudadanos, invoquemos el nombre de nuestros héroes y la patria se habrá salvado!—Dije.

CAPILLA ALFONSINA
UANL